

LA VUELTA AL PERRO¹

Cynthia Rimsky²

PASAJE

No recuerdo si mi padre o mi abuela me contó que mi abuelo, no recuerdo si paterno o materno, emigró de Ucrania o Polonia, según fuera el caso, a los campos que tenía el barón Hirsch en Entre Ríos y, debido a una plaga de langostas que se comieron la plantación, tuvieron que emigrar más pobres que al salir de Europa. Eso hizo que yo naciera en Chile y no en Argentina.

Ayer, en mi jardín, apareció una langosta.

CALLE LOS LAURELES

Al fondo del patio, en línea, hay tres laureles de flor. La manguera no alcanza a llegar al que está en el límite con el terreno de la profesora jubilada. Tanto a la carpintera como a mí nos da fiaca cargar el balde con agua hasta allá, y el laurel crece poco y retraído. Compramos los tres en un vivero con la idea de armar un cerco para separarnos del loco. Nada más volvimos y la carpintera leyó en una página científica que el laurel de flor es venenoso; al poco tiempo una tía suya se tocó los ojos después de haber podado uno y terminó en el hospital. Con esa advertencia no volvemos a acercarnos; mientras a las demás plantas las podamos y carpimos la tierra alrededor, los tres venenosos crecen a la buena de Dios. Y sombream la huerta. La carpintera es enfática. Se trasplantan. Los únicos lugares libres están al fondo. Es un espacio sin

¹ Libro a publicarse por la editorial Tenemos las máquinas, Argentina, 2022. Aquí, unas secciones.

² Cynthia Rimsky (Santiago de Chile, 1962). Ha publicado *Poste restante* (2001), *La novela del otro* (2004), *Los perplejos* (2009), *Ramal* (2011), *Fui* (2016), *El futuro es un lugar extraño* (2016), *En obra* (2018) y *La revolución a dedo* (2020). Su escritura se sitúa en las fronteras de la autoficción, el ensayo y la crónica. Ha obtenido el Premio Municipal de Literatura de Santiago en dos ocasiones. Desde 2012 está radicada en Argentina. Actualmente realiza talleres sobre los paseantes y la escritura de viaje.

luz debido a las cañas y ligustros de los vecinos y a un denso bosquecito de acacias. Supongo que el campesino que vivía aquí antes plantó los árboles para tener sombra en el verano. Nos ha tocado desenterrar toda clase de extraños objetos que le pertenecían, muchísimos ladrillos. El niño constructor gigante tampoco entendió el motivo de enterrar tantos, como si fuesen lingotes de oro que, después de su muerte, la tierra hubiese transformado en arcilla.

Las acacias que plantó el campesino no tienen la forma habitual. Son flaquísimas, diría que anoréxicas, y compiten a ver quién tiene el cuello más largo para llegar al sol. Parece que no les importa desfigurarse con tal de existir. Todo el tiempo tengo que estar sacando de raíz los nuevos brotes. Eso me hace comprender que el campesino cuyo terreno compramos no plantó el bosquecito para tener sombra en el verano, lo dejó crecer.

Cuando tomamos posesión del terreno, llegamos solo hasta la mitad. De ahí al fondo estaba silvestre, enmarañado. Imposible saber qué plantas había. Creímos que nada. Contratamos a un jardinero que nos arrancó la cabeza para hacer la limpieza del terreno. Después supimos que hacen lo mismo con todos los capitalinos que se mudan al pueblo buscando tranquilidad. El jardinero dejó un solo arbolito, un aguaribay, que él mismo pasó a llevar con la máquina en una segunda ocasión.

La primera herramienta que compré fue un sacayuyos automático. Me intrigó lo de automático. De Mar del Plata llegó un rústico tubo de fierro rojo con tres puntas afiladas y un mango como de monopatín. Lo automático era un botón negro que separaba las puntas afiladas para dejar salir el yuyo rebanado. La labor me consumió por completo. Dejé de trabajar por sacar yuyos. Pasado el primer frenesí, que duró casi un año, dejaron de reproducirse. Fue mi triunfo. Lo gracioso es que para poblar el fondo tuvimos que ir a un vivero a comprar plantas, como los laureles venenosos que nos aborrecen desde la sombra, y otras más que no se adaptaron en un terreno extraño.

Hace poco me hice miembro virtual de un grupo que se llama Cocina salvaje - recetas e identificación. Cualquiera puede publicar la fotografía de un yuyo, preguntar el nombre y si es comestible. Por algún motivo, todas las veces que abro el féisbuk aparece alguna consulta.

Holaa, me ayudan a identificar que plantita es? y para que sirve? tiene un olor muy particular

Paico · · 12 h Epazote (méxico). · 11 h Unos chilaquiles con epazote · . Un delicioso té, un sabor exquisito en los frijoles.

Carne gorda o fosforito (talinum paniculatum). En Brasil, en algunas regiones se la conoce como mayor Gomes, pero ya vi una señora cosechando sus hojas al costado del camino y me dijo que la conocía por otro nombre. Cruda no me pareció rica, pero hervida es deliciosa. · 2 Le puse a la pizza cual rúcula

Delicias con pezuña de vaca Arroz con salsa de capullos y azafrán Ensalada

de zanahoria, tomate y pétalos de pezuña de vaca

Mermelada del fruto de mí *Pasiflora Caerulea*. Una delicia! ♥

Hoy salí tempranito a recorrer el camino que hago en bici hacia la escuelita rural donde trabajo y encontré este frutito rojo, sabrán decirme que es? *Solanum pseudocapsicum*... tomatillo de Jerusalén o tomate del amor... es tóxico para humanos · Revientacaballos, la llamaba mi papá... · Lindo y peligroso ·

Todas las plantas que eliminé en mi campaña de exterminio automático de yuyos aparecen en las fotografías como comestibles y/o medicinales. Con la cantidad que arranqué podría alimentar y sanar gratis a todo el pueblo; en vez de las quince verduras habituales, probar cincuenta, cien sabores y texturas.

El año pasado reaparecieron. No se puede saber cuándo o dónde saldrán. Desaparecen cuando quieren, por el lapso que quieren. Seguro tienen lugares que les gustan más que otros. O se aburren y parten. Hibernan y olvidan despertar. Cuando quiero comer verdolaga, tomo la precaución de sacar solo las hojas, no arrancar la planta como hice antes. Del grupo de féisbuk me empieza a fastidiar la ansiedad de sacar utilidad de todo lo que crece, ya sea para saciar el hambre o sanar dolencias. No quiero saber para qué sirve la espiga alta y flaca como un alambre que tiene una florcita blanca en el tope. En cuanto al laurel distraído, de milagro brotan unas pocas flores coloridas, como su cuerpo es más bien esmirriado, viento que pasa le pega un empujón, y es todo un espectáculo la belleza del veneno.

CALLE DE LA LIEBRE

En el jardín de adelante el gato manotea un ratoncito. Su intención no es matarlo, quiere sacarlo del desmayo o de la parálisis para que siga corriendo y él pueda perseguirlo. Los veo a través de la ventana que ocupa gran parte de la pared de mi escritorio. Hay una segunda ventana, ligeramente más pequeña, que mira hacia el jardín trasero. Desde que diseñé este espacio, la mesa estuvo orientada hacia la calle. Este gusto de mirar hacia afuera viene de mi padre. En la calle donde creció y continuó atendiendo como dentista, seguían la tradición provinciana de construir o mandar a hacer un banco de madera para ponerlo en la vereda. Acá sacan a la calle las reposeras.

Lo extraño es que si miro por la ventana al ratón que se rehúsa a jugar con el gato, no escribo. Para hacerlo necesito concentrarme en la pantalla. Las letras se mueven tan vertiginosas como el ratón, y mi pensamiento no alcanza a formular una palabra cuando ellas ya están armando la siguiente, de modo que siempre llego con retraso a las formaciones de estas alocadas. Mis intentos por intervenir las frases dictadas quién sabe por quién me hacen olvidar la ventana, y escribo como si estuviese detrás de una pared.

Ayer, después de poner: La celebridad..., levanté la mirada y vi pasar a la vecina de la casa pareada con una nieta en cada mano. Fueron hasta la entrada del campo de

Machi. Las nietitas no le quitaban el ojo a la vaca que comía pasto. Mientras la vecina vivía con su novio en la casa pareada a la mía, sus hijas y nietitas nunca la visitaron los domingos ni esperó con ellas a que el caballo negro se acercara a los álamos. ¿Y el ratón? El gato parece convencido de que se escondió en la espesura de la lavanda y espera hierático a que aparezca.

Qué de cosas me entero si abandono la pantalla.

Si mirase más por la ventana que construí con ese fin, habría podido anticipar que el novio de la vecina de la casa pareada se iba a largar sin avisarle. Lo hubiese visto salir en el taxi con sus cosas. Pero las veintisiete letras se confabulan y, aprovechando mi distracción, después de *La celebridad*, añaden: *del artista*. Consigo eliminar el artículo y voy por el sustantivo, pero las dominantes me presionan para que les diga qué pienso poner en el espacio borrado del arte.

La vecina de la casa pareada va al pueblo en bicicleta. Las letras titilan en la pantalla. Con el costado del ojo veo la punta de la cola del ratón asomar del caño de la bajada de agua lluvia. El gato aburrido de esperar junto a la lavanda mira expectante el campo al que va a cazar. La vecina vuelve en la bici a su casa. Quedo con la sensación de que apenas transcurrieron unos segundos entre su ir y venir. No es posible, nunca la vi andar en bicicleta, sí manejar a los pedos su taxi. Levanto la cabeza del teclado para pensar en la palabra que viene y por la calle pasa a los saltos una liebre. Y detrás, el gato. Las letras me están engañando.

Vuelvo al punto de partida.

Este año se han muerto varias artistas visuales y escritoras de una generación anterior a la mía. Entre ellas, la primera artista que conocí de cerca. Desde niña sentí admiración por las artistas. De esta primera recuerdo el dolor que le afectaba porque su obra no era reconocida. Se torturaba pensando por qué otras sí y ella no. No fue necesario buscar en *Las reglas del arte* de Bourdieu, en *La muerte del autor* de Barthes o en el «poco importa quién habla» de Foucault, fui testigo directo del desaliento que padecía esta amiga al enterarse de que la marginaban de una cena con un curador europeo, que invitaban a exponer a alguien con una obra más débil pero mejor conectada que ella. No contestaban sus llamados o la hacían telefonar cada semana durante meses y después no la saludaban por cargosa; omitían su nombre en una entrevista, no llegaban críticos a su muestra. Ante el único consuelo que podía darle, lo maravilloso de su quehacer, ella me mostraba las cuentas sin pagar, el refrigerador vacío. No me atreví a proponerle que trabajara en otra cosa; quería ser artista.

Los últimos años seguí su recorrido a la distancia. Me alegró ver que se hacía conocida, incluso en el extranjero; se publicaron textos sobre su obra, expuso en alguna galería comercial, en el museo. Este año murió y me sorprendió que algunas lamentaran en sus posteos que no hubiese sido reconocida en vida. Me pregunto si nunca dejó de sentirlo o siempre se trató de una falta ante los ojos de los otros.

Estoy loca, cómo sigo en el escritorio si acaba de pasar una liebre. No todos los días ocurre algo así, salgo a la calle apurada y no la veo. ¡Ahí está!, viene desde la esquina. ¡Y detrás, el gato! En vez de correr como una flecha para atraparla, su paso es caballeroso, como si le diera curiosidad seguirla. La liebre no aprovecha la lentitud de su perseguidor para escapar al campo, se mete entre los matorrales hacia el terreno de la esquina. El gato la sigue, siempre a distancia, y se pierden juntos tras una bodega en ruinas.

La vecina pasa en bicicleta por tercera vez y me ve. Cómo estás, le pregunto creyendo que será un trámite breve. Desesperada, me cuenta. Mi trabajo es el único cable a tierra que tengo, agrega. La vecina es taxista y conduce kilómetros por rutas o ramales solitarios. No parece un trabajo adecuado para mantener la mente en tierra. Me atrevo a preguntarle qué ocurrió (omito: con el novio). La respuesta es tan sencilla como inesperada: No lo sé.

Ese espacio en blanco, incomprensible, que intento imponerles a las letras para romper la invasión de frases comunes que asaltan la pantalla, es la desesperación de mi vecina que ve pasar tantas explicaciones como kilómetros de ruta, y no logra aferrarse a una sola que descorra el velo que cayó sobre lo que creía conocer del novio que la dejó.

Me ha tocado ir a dos funerales de artistas. Las cuerdas ya estaban dispuestas bajo el ataúd para bajarlo con cautela por el agujero cuando empezó un video con la obra de la primera y una lectura de los libros de la segunda. No supe si aplaudir o continuar llorando. Me pregunto si en el funeral de un ingeniero exhiben fotografías de sus puentes o, en el de un arquitecto, maquetas de sus edificios. Al menos en el de mi padre no hubo un muestrario de las tapaduras con las que salvó muchas muelas. Las letras me están presionando. Borro por segunda vez *La celebridad del artista*. ¿Y qué vas a poner?, me grita la pantalla. ¿Cómo te vas a ganar la vida?, me pregunta mi padre desde su tumba.

En su relato *La habitación y media* de Joseph Brodsky, Valeria Luiselli busca con reverencia la tumba en Venecia del poeta ganador del Nobel, segura de que por su celebridad le será fácil encontrarla. Cuando después de muchas equivocaciones llega a una tumba igual a todas, encuentra en ella a una anciana que fue a visitar a su marido y luego pasó por la de Brodsky a robar los chocolates, las plumas y los lápices que le dejan los fans.

¡El ratón! Está saliendo del caño cuando aparece el segundo gato que vive en casa y de un zarpazo le abre el estómago. Ahora está del otro lado de la ventana que diseñé para mirar al exterior, comiendo su cabeza.

Lo que al final queda de un hombre suma solo una parte. Un fragmento de su habla. Una parte de la oración. Joseph Brodsky

CALLE DEL ARROYO

Hay días en los que necesito ir más lejos.

Se me forma un pensamiento recurrente, como la abeja con la flor del trébol. Pobre, la rodea, se le lanza encima, no la deja respirar. Es como las flores que me hacían dibujar en la escuela: cinco pétalos y un círculo al centro. El sonido de la abeja también lo aprendí a escribir en la escuela. Bzzz.

El temor a que una avispa me pique, se me inflame la garganta, no pueda respirar y muera antes de llegar al hospital, lo aprendí en los paseos familiares de mi infancia. En esa época no existían shoppings para llenar el domingo, sí el mandato de llevar a los y las niñas a la naturaleza. Allá iban mis padres con otras familias amigas al Cajón del Maipo; mientras ellos jugaban a las cartas, los hijos e hijas teníamos la obligación de entretenernos con la naturaleza.

De niña prefería alejarme y caminar sola.

Los adultos levantaban la vista de las cartas para prevenirme contra las abejas, el exceso de sol, las piedras del camino y algo que no se atrevían a poner en palabras.

Los amigos de mis padres nunca se enteraron de que en esas escapadas me entrenaba con ellos en el oficio de contar historias. Tantas pelotudeces hay que hacer ahora para atraer lectores; cuando niña construía historias usando como personajes a los amigos de mis padres, la pasaba tan bien. Si me aburría, cambiaba de personajes, de situaciones, de secreto. O comenzaba otra distinta. Qué importaba si yo era la narradora y única oyente. Cómo disfrutaba convertir al dentista en amante de su cuñada. Me turnaba: en algunas versiones lo besaba como ella, en otras la celaba como él. Para cada situación creaba al menos dos puntos de vista, a veces no quedaba contenta y me obligaba a pensar más profundo: los personajes se contradecían. Como no las escribía, daba lo mismo. La mejor amiga de mi madre se enamoraba de un hombre ajeno al círculo de los matrimonios. Cuando los amantes eran descubiertos, la amiga era juzgada por la comunidad judía, venía el exilio, la pobreza, la mala fama, las aventuras en países lejanos adonde no llegaban sus juicios.

Nunca consideré estas historias como un invento, creía tener un poder para observar aquello que era invisible a los demás, y proyectarlo. Si lo hubiese mantenido en secreto... Un domingo, en el atasco para volver a casa, le conté a mi madre que vi a su amiga rozar la mano de su cuñado al pasar. Mis padres, siempre a la caza de alguna moraleja, aclararon tajantes que imaginar no estaba entre las actividades de una joven con futuro.

Hay días en los que necesito ir más lejos.

Alcanzo al árbol caído donde generalmente doy la vuelta. Sigo.

Cuando niña, una vez a la semana visitaba con mi madre el departamento de mi abuela: en la sala de estar, la abuela tejía a crochet y la madre a palillos. A mí me daban para bordar una figura pre tizada en un trozo de género tensado por un bastidor, con

los colores asignados por números. Entre esas demarcaciones iba la aguja siguiendo los comentarios que hacían madre y abuela sobre la vida oculta de las mujeres de la comunidad; los puntos demasiado grandes o chuecos correspondían al momento en el que susurraban las partes escabrosas o definitivamente hacían silencio. Aquello sin nombre seguía como una sombra a la figura pretizada.

Hay días en los que necesito ir más lejos.

Entre el árbol caído y el horno de ladrillos el camino pasa por entre los campos, algunos plantados de soja o maíz. Otros, en barbecho hace años que esperan, no se sabe qué.

Cuando cumplí treinta y dos años, obtuve el primer premio en los Juegos literarios Gabriela Mistral, en la categoría cuento largo. Actualmente una escritora publica joven, a los veintidós, veinticinco años. Yo todavía no publicaba, pero había escrito y terminado un cuento largo. Fue extraño que un jurado que venía de la época de Pinochet premiara la historia de una mochilera que llega sola a un caserío en el desierto de Marruecos, y siente atracción por una niña de ocho años.

Mis amigos insistieron en acompañarme al Salón de Honor de la Municipalidad. Antes de entrar nos tomamos una foto en la estatua de Pedro Valdivia, que años más tarde será destruida durante la revuelta. Los jurados se fueron acercando sigilosos y de a uno, con la actitud de quien se escapa de misa para ir al bar. El más joven tenía cincuenta y tres, los otros sesenta y ocho, setenta y tres y setenta y cuatro, poetas formales y correctos que dejaron escasa huella de su paso por la literatura chilena. Ellos también quedaron extrañados al verme. Esperaban conocer a la joven escritora que narraba con desvergonzada inocencia el deseo de una mujer —seguro ella misma— por una niña de ocho años en un pueblo del desierto. Aunque fui con chaqueta, era roja, me quedaba grande, y durante la ceremonia no saqué las manos de los bolsillos del pantalón. Además, no era tan joven.

Al finalizar la entrega del premio se acercó la quinta jurada. Era una escritora no tan famosa y guapa, con el pelo rubio crespo y unos ojos celestes, casi transparentes.

Su casa quedaba en un antiguo sector de clase media de Vitacura. Era diciembre y hacía muchísimo calor. Yo todavía llevaba puesta la chaqueta roja. En el número indicado había una casa de familia y un lindo jardín. En el camino imaginé muchas cosas salvo una casa de familia con un lindo jardín. Me salió a abrir la escritora no tan famosa en traje de baño del color de sus ojos.

Cerca de la pileta había una mesa redonda con un quitasol parecido al de la terraza de mi casa. La escritora no tan famosa se tendió en la silla de playa como antes de que yo llegara. Recordé que, al invitarme, mencionó algo sobre una tarde de pileta. No se me pasó por la mente que se refería a esto.

La escritora no tan famosa me ofreció un traje de baño para que pudiera refrescarme. Me moría de vergüenza de mostrar mi cuerpo no tan joven en su traje, no entendía lo que estaba sucediendo. Cada tanto, la escritora no tan famosa bajaba

morosa los escalones. El agua está tan fresca, decía entre braza y braza, y volvía con la piel chorreante.

Lo que yo quería saber era cómo escribir una novela, cómo publicarla, cómo tener lectores, salir en los diarios. La no tan famosa quería saber sobre mi viaje a Marruecos; ¿no tuviste miedo de ir sola, tan lejos?, ¿alguien más sabía que estabas ahí? Me estaba preguntando por las abejas, el exceso de sol, las piedras del camino y algo más que no ponía en palabras. Volvió de la cocina con una botella de vino blanco helada y un sombrero de paja con una cinta del mismo color de sus ojos y del traje de baño. Parecía tan romántica que me atreví a contarle mis dudas. ¿Y si no lo logro?, le pregunté. ¿Si no llego a ser escritora?

A las seis de la tarde en punto aparecieron los dos hijos y el marido; los tres encontraron adorable que la madre hubiese invitado a la ganadora del primer premio de cuento largo a su casa. Lo que les extrañó fue que con ese calor tuviera puesta la chaqueta roja.

Hay días en los que necesito ir más lejos.

Paso el horno donde trabaja Garrido, que cuidó la motoneta blanca una vez que me quedé sin gasolina. A lo lejos diviso un arroyuelo, los bordes secos indican que crece cuando llueve. Dos pájaros más grandes que una garza o un pato tienen las patas en el agua. No sé de qué especie son, aquí no llega internet o señal telefónica. Su relación puede ser de amistad, fraternal, o son pareja. Están en el arroyo, podría decirse que lo comparten, sin ponerse de acuerdo, cada uno a su aire, se dan la espalda o se acercan, conversan, gritan, cuchichean, extienden las alas, no alzan el vuelo. Al mirar a través de sus largas patas, se me aparece la pileta de aquel caluroso diciembre de 1995. Seguro el agua estaba fresca.

PARADA

De la ciudad vecina al pueblo corre una combi tres o cuatro veces al día. Cuando el horario no coincide, hago dedo. Para un auto bien cuidado, negro, cuatro puertas, con vidrios polarizados. La mujer de edad que va de copilota pregunta sorprendida adónde me dirijo. El joven conductor me invita a subir. La jovencita en el asiento de atrás es su hermana. Hablan con un acento raro. Me preguntan si soy profesora, criticamos los arreglos falsos que le hacen al camino, la vieja me pregunta cuál es mi creencia, le digo que no creo en nada, y no me vuelve a hablar. Entiendo que es la que manda.

Los hermanos tienen la piel aceitunada, los ojos redondos, oscuros, con las pestañas tupidas, él compra y vende autos. Les pido que me dejen en la calle que da a mi casa y, cuando me dispongo a bajar, la vieja me pregunta de dónde soy. No puede ser, grita tomándose la cabeza con ambas manos, por qué no me lo dijiste antes. Es que ella también es chilena, me explica la jovencita. Me fui hace cincuenta años de Chile,

Chile, por qué no me lo dijiste, hubiésemos conversado de Chile, me reta contrariada. Qué lástima, mi abuela es gitana y siempre recuerda Chile, explica el joven conductor.

Desde afuera del auto veo el vestido tradicional que el asiento me tapó al subir. A la vuelta de la consulta de mi padre vivía una comunidad de gitanos a la manera tradicional, con cojines y alfombras, les menciono la calle. La vieja no puede creer la coincidencia. Picarte, les repite a sus nietos. El joven conductor, que antes dijo que solo su abuela era gitana, agrega con orgullo: yo también soy gitano. Cada vez que pasemos por acá vamos a estar atentos para llevarte y que converses con mi abuela. Chile, repite la vieja mientras el auto se pone en movimiento. Chile, chicha y vino, grita.